

demás neófitos; pero cuando la multitud entró en la ciudad (1), un judío, impulsado por Satanás, arrojó sobre la cabeza del neófito un aceite hediondo. El pueblo indignado iba á lapidar al atrevido, pero el obispo no lo permitió; no obstante, cuando el día de la Ascension se verificó la procesion desde la iglesia principal á la basílica de San Martín, la multitud atacó la sinagoga de los judíos y la arrasó completamente. Al día siguiente envió el obispo una comision á los judíos para decirles: «No os obligo á la fuerza á reconocer al Hijo de Dios; solo os le anuncio y siembro en vuestros pechos la sal del conocimiento, porque he sido instituido pastor de las ovejas del Señor, y de vosotros dice Aquel verdadero pastor, que ha padecido por nosotros, que tenia otras ovejas que no eran de su redil, pero que habia de conducir al suyo para que todos sean una sola grey con un solo pastor. Por esto, si quereis creer como yo, formareis con nosotros una sola grey y yo seré vuestro pastor; y si no, abandonad la ciudad.»

¡Singular manera de dar á los judíos satisfaccion por la destruccion de su sinagoga! Teodorico el Grande, verdad es que era hereje, habria hecho reconstruir por los cristianos la sinagoga que habian destruido.

«Los judíos vacilaron porque dudaban, pero al tercer día se reunieron, segun creo por amor al obispo, y le enviaron á decir: «Creemos que Jesús es el hijo del Dios vivo, prometido por la voz de los profetas; por esto te suplicamos ser purificados por el bautismo, á fin de que no permanezcamos en nuestros pecados.»

No hay que llamar la atencion sobre lo singular que esta resolucion parece despues de la destruccion de la sinagoga y de la intimacion de expulsion en caso de no convertirse.

«Al recibir este mensaje, el obispo se alegró sobre manera, y concluido que hubo las vigalias de la noche de Pentecostés (2), trasladóse al baptisterio situado extramuros, donde la multitud (de los judíos) prosternada le pidió el bautismo. Entonces, vertiendo lágrimas de alegría, roció á todos con el agua bautismal, les ungió con el santo óleo y los recibió en el seno de la santa madre Iglesia. Ardian los cirios, las lámparas brillaban, y toda la ciudad resplandecia con la multitud de neófitos cubiertos de niveo ropaje, y tan grande fué el júbilo que no podia haber sido mayor en Jerusalem cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles. El número de los que recibieron el bautismo pasó de 500. Los que lo habian despreciado se retiraron de la ciudad y se dirigieron á Marsella (3).

»Murió despues el abad del monasterio de Menat, llamado Braquio (ó Braco, segun otros) (4), natural de Turingia, que habia ido á aquel país (hoy el departamento de Puy-de-Dome) en calidad de montero del jefe franco Sigebaldo.

»El rey Chilperico envió á su hijo Clodoveo contra Tours. Este pasó con su hueste por los territorios de Tours y Angers hasta Saintes y se apoderó de esta ciudad. Múmolo, sin embargo, patricio (5) de Gontran, invadió con una numerosa hueste el territorio de Limoges y libró á Desiderio una

(1) Porque el baptisterio estaba construido extramuros.

(2) Que se celebraban en la iglesia parroquial.

(3) Donde posteriormente fueron tambien bautizados á la fuerza. Véase la carta de Gregorio Magno á los obispos Virgilio de Arles y Teodoro de Marsella. Ruinart, tomo I, pág. 45.

(4) Este monasterio Menat existe todavia, perteneciente á la regla benedictina, en el partido judicial de Riom y diócesis de Clermont. Gregorio de Tours dice que en lengua franca significa Braquio, un oso joven. Para nosotros es otro ejemplo de un bárbaro rudo agraciado con una sinecura eclesiástica.

(5) Jefe galo-romano de ejército, ó mejor dicho, director estratégico de las operaciones de campaña. Gontran estaba en guerra contra Chilperico, que acababa de tomarle á Saintes y otras plazas y territorios.

batalla en la cual éste tuvo 24,000 bajas y á duras penas logró salvarse huyendo. Múmolo perdió 5,000 hombres y regresó á Borgoña por la Auvernia, que fué por sus guerreros devastada terriblemente.»

Despues de estos sucesos realizó Chilperico el plan que habia concebido respecto de su hijo Meroveo, que continuaba preso, y lo llevó á cabo sin cuidarse del juramento que con intencion aviesa habia hecho á su hijo y á Brunequilda en presencia del obispo Pretextato de Ruan. Véase la relacion del obispo Gregorio:

«Despues Meroveo, á quien su padre tenia todavia preso, fué tonsurado, ordenado sacerdote y enviado en traje eclesiástico al convento del Mans, llamado Aninsola (6), para ser allí instruido en la regla de los sacerdotes. Al saber esto Gontran Boso, que á la sazón se hallaba refugiado en la basílica de San Martín, envió secretamente al subdiácono Riculfo á Meroveo, para aconsejarle que se evadiera y acogiese tambien al asilo de San Martín. Estaba Meroveo todavia en camino para Aninsola cuando le alcanzó su criado Gaileno, el cual dispersó la escolta poco numerosa que conducia á Meroveo y le libertó. Meroveo cubrió su cabeza, se vistió de seglar y se dirigió al templo de San Martín, cuyas puertas encontró abiertas, porque estábamos cabalmente diciendo misa.»

Con esto estuvo Meroveo á salvo; pero el obispo Gregorio, el autor á quien seguimos, se vió colocado súbitamente en un terrible conflicto con Chilperico y su feroz esposa Fredegunda por una parte, y con Meroveo, el hijo decididamente rebelde y su esposa la ambiciosa y vengativa Brunequilda.

Despues de la misa pidió (Meroveo) el sagrado pan de las eulogias. Estaba casualmente con nosotros Ragnemodo, el obispo de Paris (7). Nosotros no quisimos acceder á su petición, y entonces empezó á quejarse en alta voz diciendo que le excluíamos injustamente y sin el asentimiento de nuestros hermanos eclesiásticos de la comunidad de la Iglesia. En vista de esto, consulté el caso con el único colega presente (el obispo de Paris) y, con su asentimiento, le dí la comunión, pues temia que excluyendo á este único individuo de la comunidad de la Iglesia podria yo causar la muerte de muchos, porque amenazó con matar á mas de uno de nuestra poblacion si le excluíamos. No obstante, padeció mucho la comarca de Tours por este motivo. Niccio, esposo de mi sobrina (8), teniendo que evacuar un asunto jurídico particular ante el rey, marchó á presentarse por aquellos días á Chilperico en compañía de uno de nuestros diáconos y participó al rey la huida de Meroveo. Cuando la reina Fredegunda vió á los dos, exclamó: «Son espías que vienen á indagar los propósitos del rey para comunicarlos á Meroveo.» Chilperico nos envió á decir: «Arrojad á ese apóstata (9) de vuestra iglesia ó yo pegaré fuego á toda vuestra comarca;» y cuando á esto contestamos por escrito que era imposible hacer en época cristiana (católica) lo que no se habia hecho en tiempo de herejes, reunió sus huestes y las mandó contra Tours. Esto sucedió en el año 577. Cuando Meroveo vió lo que su padre se proponia contra Gontran Boso (y él), tomó la resolucion de marcharse con éste y reunirse con Brunequilda, y nos dijo: «No quiero que por mi persona sufra la iglesia de mi señor (San) Martín fuerza mayor, ni que este

(6) Llamado tambien Saint-Calais, de su primer abad Carilefo. Despues fué convento benedictino ó sea maurino.

(7) Otro germano en uno de los puestos mas altos de la Iglesia.

(8) Que se llamaba Eustenia y era hija de Justino y de su esposa, única hermana de Gregorio, obispo de Tours.

(9) Aludiendo á que Meroveo habia abandonado el estado eclesiástico.

país caiga en manos enemigas.» Despues trajo á la basílica durante las vigalias todo cuanto tenia y lo depositó en ofrenda sobre el sepulcro de San Martín, orando y suplicando el auxilio del santo para ganar el reino.»

Esto hace suponer que desde un principio tuvo la intencion, al casarse con Brunequilda, de asegurarse siquiera la sucesion al trono de su padre, antes de que los hijos de Fredegunda lo ocuparan.

«Leodasto, entretanto, gobernador de Tours, para complacer á Fredegunda, le armó muchas asechanzas (para hacerle salir del asilo sagrado), y finalmente logró apoderarse de sus criados que habian salido fuera de la ciudad y los mató. Lo mismo habria hecho de muy buena gana con Meroveo si hubiese podido encontrarlo en sitio á propósito. Para vengar Meroveo á sus criados, hizo, á instigacion de Gontran, coger y azotar cruelmente á Marleifo, médico de cámara (1), cuando éste vino de la corte del rey, despues de despojarle del oro, plata y de cuanto llevaba dejándole en cueros; y seguramente le habria muerto, si el infeliz no hubiese logrado escaparse de las manos de sus apaleadores y salvarse en la iglesia principal. Nosotros le dimos ropa, y tomando las disposiciones necesarias para su seguridad personal le enviamos á Poitiers, su país.»

En lo que precede vemos, primero, un ejemplo admirable de la caridad cristiana ejercida por el episcopado en medio de las contiendas feroces de los poderosos en aquellos tiempos, sin hacer distincion entre los partidos, y segundo, que los extravíos dogmáticos y teológicos no influían en la práctica de los deberes episcopales.

«En aquellos días profirió Meroveo muchas acusaciones contra su padre y su madrastra; pero si bien eran en parte fundadas, tengo para mí que no podia ser agradable á Dios que las publicase el hijo. Así me lo confirmó lo siguiente: Un día me invitó á un banquete (se supone dentro del asilo sagrado), y hallándonos reunidos me instó á que le leyese algo para su edificacion; abrí el Libro de Salomon al azar y me fijé en el primer verso que se me presentó, y que decia: «El ojo que vilipendia al padre será arrancado por los cuervos junto al arroyo (2).» Meroveo no lo entendió, pero yo conocí que el Señor le manifestaba con este verso lo que le podia pasar.»

Aquí no hay que pensar siquiera en una superchería de parte del sencillo, bien que supersticioso obispo, el cual sin encubrir las faltas del rey y de la reina, acierta á discernir con su rectitud sincera el deber que impone la moral natural. Singular es que en su simplicidad crea permitido consultar la Biblia á manera de oráculo y condene como obra del diablo la consultacion de una agorera, segun se ve en lo que sigue:

«Entonces envió Gontran Boso un criado á consultar una mujer á quien conocia desde el tiempo del rey Chariberto, y que segun fama tenia el espíritu profético y le predecia todo lo que habia de suceder, porque Gontran Boso decia que le habia predicho no solamente el año, sino el día y la hora de la muerte del rey Chariberto. Esta mujer le mandó á decir por el mismo criado: En este mismo año morirá el rey Chilperico, y Meroveo será rey de todo el reino, con exclusion de sus hermanos; tú, sin embargo, tendrás el ducado (3) en todo el reino durante cinco años; en el sexto alcanzarás por el favor del pueblo la dignidad episcopal en una de las ciu-

(1) Del rey Chilperico. Marleifo era de Poitiers y, á juzgar por el nombre, ni romano, ni griego, ni judío. Extraño fuera que hubiese sido germano.

(2) Tal como Gregorio cita el texto, discrepa mucho del de la Vulgata. Proverbios, 30, versículo 17.

(3) El mando de las huestes y su direccion en las guerras.

dades de la orilla derecha del Loira y dejarás este mundo cargado de años.»

Ahí tenemos otro ejemplo de un laico mundano y franco que, despues de haber ocupado altos puestos en el gobierno del Estado, consideraba como brillante coronamiento de su carrera una silla episcopal, la de Tours, por ejemplo. Casos análogos se vieron todavia en épocas muy posteriores, porque es evidente que la agorera le quiso profetizar una cosa en extremo satisfactoria, y así lo comprendió tambien Gontran Boso, segun se ve en lo que sigue:

«Los criados participáronlo á su amo y éste se llenó en seguida de vanidad, como si estuviese ya sentado en la silla episcopal de Tours, y me lo hizo saber al instante. Yo me ref de su petulancia y le dije: «Esto se ha de pedir á Dios y no se ha de creer lo que promete el diablo, porque éste es un mentiroso desde el principio y jamás ha dicho cosa de verdad (4).» Se marchó todo confuso, y yo me ref de este hombre, que daba crédito á semejantes cosas. Despues, una noche, cuando pasada la vigilia del santo obispo (Martín) en la basílica, me habia acostado, ví en sueños un ángel atravesando los aires, que al pasar por encima de la santa basílica gritó en alta voz: «¡Ay, ay! Dios ha aniquilado á Chilperico y á todos sus hijos, y ninguno de ellos vivirá para reinar en su lugar.» No obstante, tenia entonces de varias esposas cuatro hijos, sin contar las hijas (5). Cuando esto se cumplió despues, vi claramente cuán vanas eran las promesas de los agoreros.

«Mientras Meroveo y Gontran Boso continuaban en la basílica de San Martín, la reina Fredegunda envió á decir á Gontran, al cual estaba ya en secreto agradecida por la muerte de Teudeberto (6): «Si sacas á Meroveo de la basílica de modo que se le pueda matar, recibirás de mí un gran regalo.»

Todo esto lo hacia Fredegunda para asegurar el reino á sus hijos propios, y Gontran, que soñaba en concluir su vida sentado en la silla episcopal, se prestó al instante á los deseos de la falaz reina.

«Creyendo Gontran que los asesinos estaban ya aguardando fuera, dijo á Meroveo: «¿Por qué estamos aquí metidos como perezosos cobardes y nos ocultamos como estúpidos en esta basílica? ¡Ea, hagamos venir nuestros caballos; coloquemos sobre el puño nuestros halcones, corramos con nuestros perros á cazar y recreémonos al aire libre!» Esto lo hacia con intención alevosa, para sacar al otro astutamente de la santa basílica. Gontran era, por lo demás, un hombre muy honrado (7) que tenia tan gran cuidado en cumplir sus juramentos que habia faltado á cuantos habia hecho á sus amigos. Salieron, pues, de la basílica y llegaron hasta Joué, casa de campo muy cerca de la ciudad, pero nadie atacó á Meroveo.

»Estando acusado Gontran, segun hemos referido (capítulo IV), de la muerte de Teudeberto, el rey Chilperico envió una carta al sepulcro de San Martín en la cual suplicaba al santo que le contestara si le era permitido ó no hacer salir á Gontran de la iglesia á la fuerza. El diácono Baudigiseo, que habia llevado la carta y un papel en blanco, los depositó sobre el altar; pero habiendo aguardado tres días y no habiendo recibido contestacion, volvió al lado de Chilperico.»

(4) Evangelio de San Juan, 8, versículo 44, pero tambien con gran discrepancia de la Vulgata.

(5) Estos cuatro hijos murieron antes que su padre, que dejó á su muerte, en el año 584, un quinto hijo llamado Clotario II, que solo contaba pocos meses.

(6) Su hijastro, que habria heredado el reino si hubiese vivido y que murió en la batalla á manos de Gontran.

(7) Gregorio habla aquí en sentido irónico.

No se comprende cómo un obispo tan celoso cristiano dogmático y otros que, según hemos visto y veremos, tanto se burlaron de la crasa superstición de los gentiles y estigmatizaban como tentación impía la evocación de los espíritus, encontraron tan corriente y practicaron iguales consultas sobre el porvenir, infringiendo abiertamente los preceptos clarísimos de la Sagrada Escritura.

«El rey envió otros mensajeros pidiendo juramento á Gontran Boso de que nunca abandonaría la iglesia sin conocimiento (y permiso) del rey; y efectivamente, Gontran se prestó muy diligente á lo pedido, y cogiendo con la mano y tomando por testigo la cubierta del altar, juró que nunca se marcharía de allí sin orden del rey.

«Meroveo no creyó en la profecía de la agorera, y colocó en cambio tres libros sobre el sepulcro del santo, á saber: el salterio, los Libros de los Reyes y los Evangelios; veló toda la noche orando para que el santo confesor le manifestara lo que había de suceder, y si podría alcanzar el reino ó no. Así estuvo velando, orando y ayunando tres días con sus noches, y después fué otra vez al santo sepulcro y abrió el Libro de los Reyes. El primer versículo que encontró fué éste: «Porque han abandonado al Señor, su Dios, y han adoptado, adorado y servido á otros dioses, les ha enviado el Señor todos estos males (1).» En el salterio encontró este versículo: «Tú les pones donde resbalan y los haces caer. ¡Cuán súbitamente se aniquilan! Sucumben y tienen un fin espantoso (2).» Finalmente en los Evangelios encontró éste: «Sabeis que dentro de dos días será Pascua, y que el hijo del hombre será entregado para ser crucificado.» Estas respuestas consternaron á Meroveo, que lloró largo rato junto al sepulcro del santo obispo, y después tomó unos quinientos hombres á su servicio y se marchó con Gontran (3).» Aquí vemos que tanto los francos Chilperico y su hijo Meroveo como el obispo historiador Gregorio participaban igualmente de esta superstición.

«Habiendo salido (Meroveo) de la santa basílica, se encaminó por el territorio de Auxerre, donde fué preso por Erpo, el jefe de las fuerzas del rey Gontran; pero consiguió evadirse, ignora cómo, y se salvó en la basílica de San German (4). Cuando lo supo el rey Gontran, destituyó, lleno de ira á Erpo y le impuso una multa de 700 monedas de oro, diciéndole: «Según dice mi hermano, tuviste en tu poder á su enemigo. Si esto sucedió con premeditación, debiste haberme presentado primero á mí, y si no, no deberías haberle tocado siquiera, pues que no querías detenerle seriamente.»

«Entonces vino el ejército del rey Chilperico á Tours, saqueó las inmediaciones, incendió, destruyó y robó todo lo que cayó en sus manos sin respetar siquiera lo que pertenecía á San Martin y sin temor de Dios (5). Casi dos meses estuvo Meroveo en la iglesia que hemos dicho antes; después huyó y llegó hasta la reina Brunequilda, pero los aus-

(1) Libro de los Reyes, 9, versículo 9.

(2) Este versículo discrepa también en Gregorio de la Vulgata, salmo 73, versículos 18 y 19.—San Mateo, 26, versículo 2.

(3) Estas suertes (*responsiones*), sacadas de la Sagrada Escritura, se usaron ya en los primeros tiempos de la iglesia cristiana y se usan todavía hoy en muchos países. En tiempo de Gregorio de Tours esta costumbre era general y se practicaba por el mismo clero. San Agustín desaprueba estas: *Sortes Sanctorum*, y *Epistolae*, 55, 119, especialmente para cosas mundanas. Otras adivinaciones prohibieron el concilio de Agde y el primero de Orleans, cánones 30. Bonifacio y Carlomagno las prohibieron también en el *Capitulare*, de 789, canon 4, sin conseguir enmienda.—Los romanos consultaban de igual manera los versos de Virgilio, entre otros el mismo emperador Adriano (Ruinar).
(4) Situada entonces extramuros de Auxerre. Después fué convento de benedictinos, cuando estaba ya comprendida dentro del recinto de la ciudad.

(5) Desde entonces quedó Tours en poder de Chilperico.

trásianos no le admitieron. Su padre llevó luego su ejército á la Champaña, pues allí le suponía oculto, pero no le encontró, ni causó daño en el país.

«Entre los bretones ocurrió lo siguiente: Macliavo y Bodico, los dos condes de Bretaña, se habían jurado mutuamente en caso de muerte del uno amparar á los hijos del difunto y tratarlos como propios. Murió Bodico, dejando un hijo llamado Teodorico; pero Macliavo, olvidando su juramento, le expulsó de su patria y le arrebató el dominio de su padre. Durante mucho tiempo el joven llevó una vida errante, y al fin Dios se apiadó de él, permitiéndole reunir un número de hombres de la Bretaña, con los cuales se arrojó sobre Macliavo, le mató, así como á su hijo Jacobo, y se apoderó de la parte del dominio que había tenido su padre, conservando la otra Varoc, el otro hijo de Macliavo.

«El rey Gontran mató (según Mario Aventino en el año 563) á los hijos del difunto Magnacaro porque habían hablado muy mal de la reina Austrigilda y de sus hijos y confiscó sus bienes (6). Gontran perdió también sus hijos súbitamente por enfermedad, cuya pérdida le afligió mucho porque no tuvo más hijos (7). En este año se suscitaron dudas respecto del tiempo exacto en que tocaba celebrar la Pascua de Resurrección. En la Galia la celebrábamos como en muchas otras partes el 18 de abril; otros como los españoles la celebraban el 21 de marzo. Los manantiales que en España se llenan por la voluntad de Dios en aquella fiesta, se llenaban, según se dice, cuando nosotros celebrábamos la Pascua (8).

«En Chinon, aldea cerca de Tours, tembló la iglesia mientras se estaba celebrando la misa en el glorioso día de la Resurrección del Señor; el pueblo espantado lanzó un grito, como si saliera de una sola boca, clamando que la iglesia se hundía, y todos huyeron, hasta derribando las puertas. Después vino una gran epidemia que castigó al pueblo.

«El rey Gontran envió á su sobrino Chilperico mensajeros proponiéndole un convenio de paz y amistad é invitándole á una entrevista. Entonces se puso Chilperico en camino acompañado de sus grandes, y ambos reyes se encontraron, saludaron y abrazaron en el puente llamado de Piedra sobre el Monzon, no lejos de Neufchateau, cerca del Mosa. La aldea próxima al puente se llama Pompiere. El rey Gontran dijo entonces: «Ha sucedido, en castigo de mis pecados, que he quedado sin hijos (9), y deseo por lo mismo que este mi sobrino sea mi hijo.» Sentóle después en su trono, le entregó el imperio, y dijo: «Un mismo escudo nos cubra á los dos y una misma lanza nos defienda. Si llegare á tener todavía hijos, te trataré como á uno de ellos, y

(6) Ya se ha dicho en otra parte de esta obra que el rey Gontran había tomado por mujer después de Veneranda á Marcatruda, hija del jefe de las huestes Magnacaro, y la repudió por haber envenenado á Gundobado, hijo de Gontran y de Veneranda. Casóse después Gontran con la sierva de Marcatruda, llamada Austrigilda. Los hijos varones de Magnacaro se llamaban Guncio y Violico (Ruinar).

(7) Eran Clotario y Clodomiro, y murieron en el año 577. Véase Mario de Avenches.

(8) Gregorio de Tours celebraba la Pascua según el latéculo ó canon pascual de Victorio de Aquitania, introducido en la Galia por el concilio IV de Orleans, canon I, año 541. Sin embargo, en muchas ciudades se regulaba la fecha por el latéculo romano, como en España, á pesar de no estar éste ya en uso en Roma, donde á la sazón se regía la Iglesia por el latéculo de Dionisio, con cuya adopción general se acabó esta discusión enojosa. Lo que dice de los manantiales de España, que tan milagrosamente se llenaban por Pascua, época de los bautizos, eran los de Osset (Ossetum), en Andalucía. Véase *Cointius*, *Pagi*, Ruinar y Bouquet.

(9) Gontran habla de hijos varones, porque todavía tenía dos hijas, Clodoberga y Clotilde.—Ruinar.

el mismo amor me unirá á tí y á ellos; esto lo prometo hoy aquí en presencia de Dios, á quien tomo por testigo.» Los grandes de Chilperico prometieron por él lo mismo. Después comieron y bebieron juntos, se hicieron mutuamente regalos dignos de ellos y se separaron en paz. Enviaron también una embajada á Chilperico pidiendo la restitución de los territorios que les había arrebatado, y en caso contrario que fijara el campo de batalla. Chilperico no hizo caso alguno, y mandó construir circos en Soissons y París para el pueblo.»

Las deserciones del partido de Chilperico á Chilperico y las simpatías que encontraba su propio hijo rebelde prueban la poca popularidad que gozaban Chilperico y su esposa Fredegunda, los cuales al mandar construir circos para divertir al pueblo, debieron de creer muy necesario hacer algo para granjearse su afecto.

La entrevista de Pompiere fué un suceso trascendental, dirigido evidentemente contra Chilperico y que con razón debía darle en qué pensar. Los que hicieron aquel tratado con Gontran fueron naturalmente los grandes austrasianos, porque su rey Chilperico II era un niño de pocos años. A Gontran sobraban motivos de rencor contra Chilperico y Fredegunda, la asesina de su hermano, padre del niño Chilperico II, á todo lo cual podía agregarse el deseo de recuperar los territorios que Chilperico había arrebatado á ambos. En todo esto, ninguna intervención tuvo al parecer Brunequilda. Su unión con Meroveo, el hijo de Chilperico, perjudicó probablemente su influencia en el reino de su hijo Chilperico, cuyos grandes, además, debían preferir un rey niño á una mujer casada con Meroveo, para gobernar ellos, en lugar de ser gobernados y mandados.

En lo que sigue podemos ver un paso de Chilperico para perseguir en el interior á sus enemigos, partidarios de su hijo Meroveo y de Brunequilda.

«Supo Chilperico que el obispo Pretextato, de Ruan, repartía donativos entre el pueblo en perjuicio suyo, y le llamó á su presencia. Una pesquisa hecha en su casa dió por resultado que el obispo guardaba efectos de la reina Brunequilda. Chilperico se apoderó de ellos y, además, tuvo al obispo arrestado, sin dejarle regresar á su obispado hasta que pudo someter su causa al tribunal eclesiástico en el próximo concilio. Reunióse éste en París, en la basílica de San Pedro Apóstol (1), y el rey dijo entonces á Pretextato: «¿Cómo pudiste casar, obispo, á mi enemigo Meroveo, que debería haberse conducido como hijo conmigo, con su tía, es decir, con la viuda de su tío? ¿Ignorabas acaso lo que respecto de esto tienen determinado los cánones? Pero ya está probado que no solo has faltado en esto, sino que también has tratado con él de hacerme asesinar y has repartido regalos entre el pueblo. Has enemistado al padre y al hijo; has sobornado al pueblo con dinero para que nadie me guarde fidelidad, y has querido dar mi reino á otro.» Dicho esto, la multitud de los francos prorrumpió en voces de indignación y el pueblo quiso derribar la puerta de la basílica, sacar al obispo y lapidarlo.»

Hay que admitir que estos francos oyeron la acusación del rey hallándose á su lado en el interior de la iglesia formando su acompañamiento, siguiendo Chilperico el ejemplo de los reyes visigodos, que acostumbraban á abrir los concilios en España rodeados de sus grandes. El edificio tenía las puertas cerradas para impedir la entrada de la multitud.

«El rey impidió que llevasen su intento á cabo. El obispo Pretextato negó haber hecho lo que el rey decía, y entonces se presentaron testigos falsos que mostraron objetos de valor y dijeron al obispo: «Esto y esto nos has dado tú para que prometiéramos fidelidad á Meroveo.» Pretextato contestó:

(1) Tomaron parte cuarenta y cuatro obispos.

«Decís verdad en cuanto os he hecho diferentes veces regalos, pero no era intención mía que el rey fuera despojado de su dominio, sino que habiéndome regalado vosotros los mejores caballos y otras cosas, ¿podía yo obrar de otra manera mas que correspondiéndos con otros regalos?» Hecho todo esto, regresó el rey á su morada (2) y nosotros nos retiramos á la sacristía de la basílica de San Pedro y ocupamos allí nuestros asientos. Estábamos discutiendo cuando llegó súbitamente Aecio, el arcediano de la iglesia de París, y después de saludarnos, dijo: «Escuchad, sacerdotes del Señor que aquí os hallais reunidos. Esta es la ocasión de colocar muy alto vuestro nombre y de hacer brillar vuestra buena fama, ó de no ser considerados en adelante por nadie como sacerdotes de Dios, si no sosteneis muy elevada y con prudencia vuestra dignidad personal y dejais sucumbir á vuestro hermano.» Ninguno de los obispos contestó, porque temían la ira de la reina, que era el alma de todo esto. Viéndolos emudecidos, con el dedo puesto sobre la boca, dije yo: «Atended, vosotros, sacerdotes sacratísimos de Dios, á mi discurso, y especialmente vosotros los que privais mas con el rey. Aconsejadle santamente, como corresponde á un obispo verdadero, á fin de que no proceda en un arrebató de ira contra un servidor de Dios y se pierda con el reino y su fama y gloria por la ira del Señor.»

Gregorio y aquel Aecio, entre todas las personas que intervinieron en este asunto, fueron los únicos que desempeñaron un papel digno. En las últimas palabras de Gregorio vemos otra vez expuesta la moral que se enseñaba al mundo y sobre todo á los francos en aquella época, á saber: que los reyes que no se dejan guiar por los obispos y sacerdotes se atraen la ira de Dios y son aniquilados con su imperio y su renombre.

«A estas palabras todos callaron, y yo proseguí: «Acordaos, señores obispos, de la palabra profética: «Cuando el vigilante viere el pecado de un hombre y no lo denunciare, pedirá su sangre al vigilante (3).» No calleis, pues, sino hablad, y haced ver al rey sus pecados á fin de que no caiga sobre él una desgracia y vosotros tengais que dar cuenta de la perdición de su alma; ó ¿no sabeis lo que ha sucedido no há mucho tiempo? Cuando Clodomiro se apoderó de Segismundo y le encerró en un calabozo, Avito, el sacerdote de Dios, le dijo: «No pongas tu mano sobre él y vencerás cuando vayas á Borgoña;» pero Clodomiro no hizo caso de lo que le dijo el sacerdote, sino que mató á Segismundo, así como á su mujer é hijos, y cuando fué á Borgoña quedó vencido y muerto por las fuerzas enemigas. Y ¿qué sucedió al emperador Máximo (4)? Cuando obligó á San Martin á comulgar con un obispo asesino (5), y San Martin cedió para poder librar mas fácilmente de la muerte á las víctimas, perdió Máximo por el juicio del rey eterno su imperio y sufrió funesta muerte.» Cuando esto hube dicho, nadie contestó; todos habían enmudecido aterrorizados.

«No obstante, dos aduladores de entre ellos, — y ¡cuánto duele tener que decir esto de obispos (6)! — hicieronlo saber al rey y le dijeron que en este asunto era yo su mayor adversario, y entonces fué enviado á todo correr un individuo de la corte para llamarme á la presencia del rey. Cuando llegué estaba Chilperico junto á una tienda de campaña he-

(2) Se entiende, con su acompañamiento laico.

(3) Ezequiel, 33, versículo 6. Se refiere el profeta en este pasaje á los centinelas que no avisan la aproximación del enemigo.

(4) Sulpicio Severo: *Dialog.*, III.

(5) Itacio, el perseguidor de Prisciliano y de sus adeptos.

(6) Esta exclamación era sincerísima, solo que Gregorio no podía elevarse mas allá: no podía perdonar á sus enemigos en materia de religión; era un alma honrada, pero no grande.

cha de ramas y tenía a su derecha al obispo Bertran de Burdeos y a la izquierda al obispo Ragnemodo de Paris (1). Delante de ellos estaba una mesa baja con pan y varios manjares. Cuando el rey me vió, dijo: «Deber es, oh obispo, dar á cada uno lo que es justo; pero no eres justo conmigo, sino que das tu voto á la injusticia y en tí se confirma el adagio: un cuervo no saca los ojos á otro cuervo.» A esto contesté: «Si alguno de nosotros, oh rey, saliere de la senda de la justicia, puedes corregirle; pero si tú te extralimitas, ¿quién te corregirá? Nosotros te hablamos, pero tú solo oyes lo que quieres; y cuando no quieres, ¿quién te puede condenar sino aquel Único que ha dicho que Él era la justicia?» A esto replicó el rey, irritado como estaba contra mí: «Todos me han hecho justicia menos tú; pero ya sé lo que he de hacer para que la gente te conozca y sepa cuán injusto eres; reuniré el pueblo de Tours y le diré: «Alzad vuestra voz contra Gregorio y decid que es injusto y no hace justicia á nadie.» Y cuando armen este clamoreo, les contestaré: «Yo, el rey, no puedo obtener de él justicia, ¿cómo la podeis obtener vosotros que sois gente de condicion ruin?» A esto le contesté: «Tú no sabes si soy injusto; Aquel que ve en lo mas oculto de mi corazon, conoce mi conciencia. Lo que el pueblo grite cuando me vilipendias, nada significa, porque todos sabrán luego que habrá salido de tí, y, por lo mismo, serás tú y no yo quien reciba el descrédito. En fin, tú tienes la ley y los cánones; debes estudiarlos con ahinco, y si no observas lo que prescriben tendrás, de esto puedes estar seguro, el juicio de Dios suspendido sobre tu cabeza.»

Bien podemos creer que Gregorio se explicó así y que no lo inventó despues al escribir su célebre *Historia eclesiástica de los francos*, porque lo que aquí dice era su conviccion, su alma, su moral y toda su filosofía.

«Entonces, como para calmarme, creyendo que yo no lo conoceria, volvióse hácia un manjar sabroso que tenía delante, diciendo: «Para tí he hecho preparar este plato delicado, un ave y algunos pocos garbanzos.» Yo, que conocí el halago, le contesté (2): «Nuestro alimento ha de ser cumplir la voluntad de Dios y no regalarnos con estas golosinas, á fin de que nunca olvidemos sus mandamientos. Y tú, que acusas á otros de ser injustos, promete primero no traspasar las leyes ni los cánones y creeremos que solo quieres la justicia.» Entonces me alargó su mano derecha y juró por Dios Todopoderoso que de ningun modo se excederia de lo que mandaban la ley y los cánones. Al oírlo yo, tomé pan y bebí tambien vino y me retiré.»

Aquella misma noche, despues de haber concluido de rezar los himnos nocturnos, oí llamar reciamente á las puertas de mi habitacion; envié al criado á inquirir lo que había, y supe que eran emisarios de la reina Fredegunda. Les hice entrar; me trajeron un saludo de la reina y me suplicaron que no me opusiera á su empeño, prometiéndome 200 libras de plata si Pretextato era sentenciado uniéndome yo á sus contrarios, y añadieron: «Tenemos ya esta promesa de todos los obispos, y solo falta que tú no te opongas.» Yo les contesté: «Si me dieseis mil libras de plata y de oro, ¿podria yo hacer otra cosa de lo que manda hacer el Señor? Lo único que puedo prometer es que cumpliré con lo que los demás resuelvan conforme á los cánones.» No me entendieron aquellos hombres; me dieron las gracias y se marcharon. Por la mañana vinieron á verme algunos obispos con un mensaje análogo y yo les contesté de la misma manera.

(1) Dos germanos obispos en diócesis importantes. Venancio Fortunato los alaba repetidas veces en sus escritos.

(2) Quizás alude aquí Gregorio á que el rey queria ganarle con una buena comida ó que queria probar que Gregorio había comido con él despues de haberle tratado de pecador; pero el rey se engañó.

«Cuando nos reunimos en la basílica de San Pedro, aunque era temprano, hallábase ya allí el rey y dijo: «Háse sorprendido á un obispo en un hurto; los cánones determinan que sea expulsado de su cargo eclesiástico.» A nuestra pregunta de quién era el obispo á quien se acusaba de hurto, respondió el rey: «Vosotros habeis visto los objetos de valor que nos ha hurtado.» El caso era que tres días antes nos había enseñado dos lios de objetos de valor y varias joyas valuados en mas de 3,000 sueldos y un talego con monedas de oro, que á juzgar por el peso podian llegar á 2,000. Esto dijo el rey le había robado el obispo Pretextato; á lo cual este último contestó: «Creo que os acordais que cuando la reina Brunequilda se partió de Ruan os fué á ver y os dije que guardaba cosas suyas, á saber: cinco bultos, y que á menudo se me presentaban criados pidiéndolos, pero que yo no los quise entregar sin consejo vuestro. Tú, oh rey, me dijiste: «¡Despréndete de esto! Que la mujer podrá recobrarlo, á fin de que estas cosas no originen enemistad entre mí y mi sobrino Chilperico.» De regreso á mi ciudad dí, pues, á los criados del rey un bulto, porque no podian llevar mas. Despues volvieron y pidieron los otros, y yo volví á consultar con tu grandeza, y me contestaste: «Préstate á ello, obispo, á fin de que no dé lugar á una desavenencia;» y yo les entregué dos mas, quedando dos en mi poder. Pues bien, ¿por qué me calumnias ahora y me acusas de hurto, no habiendo aquí hurto sino solamente depósito?» A esto repuso el rey: «Si esto te se había dado en depósito, ¿por qué abriste uno de los bultos, cortaste una guarnicion entretejida de hilos de oro y la repartiste entre los hombres que debian destronarme?» Contestó el obispo Pretextato: «Ya te he dicho antes que había recibido de ellos regalos; y como á la sazón no tenía otra cosa que darles, tomé interinamente de aquellas cosas con que responder á sus regalos; porque miré como mio lo que pertenecía á mi ahijado á quien he sacado de pila (3).» Cuando el rey vió que nada podia contra él con estas calumnias, quedó desconcertado é interiormente avergonzado y se marchó; pero llamó á algunos (obispos) aduladores suyos y les dijo: «Confieso que las palabras del obispo me han venido, y sé que es verdad lo que dice; ¿qué haré ahora para que á pesar de todo se cumpla en su persona la voluntad de mi reina? Id allí y decid, como si el consejo viniese de vosotros: «Tú sabes que el rey Chilperico es piadoso, compasivo y fácil de commover: humíllate ante él y dile que has hecho lo que te censura; entonces todos nos arrojaremos á sus piés y obtendremos tu perdon.» Pretextato se dejó engañar y prometió hacerlo.»

No puede dudarse que Gregorio estaba convencido de la inocencia de Pretextato; pero la aplicacion que éste dió á objetos confiados á su custodia y que pertenecian, no á su ahijado sino á la esposa de éste, se presta á la sospecha de que los tesoros de Brunequilda se emplearan con su anuencia para ganar partidarios á su esposo. Además, sorprende justamente que un prelado, que en comparacion de la demás gente de su tiempo debía ser mas sabio, cayera en un lazo tan grosero como confesarse culpable confiando en la *merced* de un Chilperico y de una Fredegunda, en lugar de mantenerse firme defendiendo su causa, que en tan buen estado se hallaba.

«A la mañana siguiente nos volvimos á reunir en el sitio de costumbre, y el rey tambien se presentó y dijo al obispo: «Si has hecho regalos á aquellos hombres solo para cor-

(3) Pretextato era el padrino de Meroveo. El bautizo consistia en la immersion completa; el padrino sacaba al niño de la pila bautismal, con cuyo acto le prohibaba ante Dios. Véase Guadet y Taranne.—En la iglesia-baptisterio de San Pedro de Tarrasa, que se supone ser del siglo IV ó III, existe todavía la pila bautismal en forma de bañera.

responder á los suyos, ¿por qué les exige juramento de fidelidad á Meroveo?» El obispo contestó: «Deseé, lo confieso, que mantuviesen amistad con él, y á haber sido lícito, habría llamado hasta á un ángel del cielo para que bajase y viniese á su auxilio, porque, segun he dicho repetidas veces, era mi hijo espiritual por el bautizo.» Continuando la disputa, arrojóse el obispo Pretextato al suelo y exclamó: «He faltado al cielo y á tí, ¡oh rey misericordioso! soy un asesino perverso, te quise matar y colocar á tu hijo en tu trono.» A estas palabras prosternóse el rey ante los obispos y dijo: «Oid, ¡oh vosotros piadosísimos obispos! cómo el culpable confiesa su crimen atroz.» Cuando vertiendo lágrimas hubimos levantado al rey del suelo, mandó salir á Pretextato de la basílica.

«El rey se retiró á su alojamiento y nos envió el libro de los cánones, al cual estaba cosido un nuevo cuaderno con los llamados cánones apostólicos (1). En éstos se leía: «El obispo culpable de asesinato, adulterio ó perjurio, será destituido de su cargo episcopal.» Al oír este pasaje Pretextato quedó consternado, y el obispo Bertran le dijo: «Escucha, hermano y colega: no gozas del favor del rey, y por esto no puedes disfrutar de nuestro afecto hasta que el rey te haya concedido su perdon.» Entonces pidió el rey que se rasgase á Pretextato la túnica ó que se le leyese el salmo 108, que contiene el anatema contra Judas Iscariote (2), ó que por lo menos se pusiese por escrito la sentencia de excomunion. Yo me opuse á todo esto con el objeto de que, segun la promesa del rey, nada se hiciese contra los cánones. Entonces fué sacado Pretextato á nuestra vista de la iglesia y conducido á la cárcel; y habiendo tratado de evadirse aquella noche, fué azotado durísimamente y desterrado á una isla del mar (3).

«Despues corrió la voz de que Meroveo trataba de refugiarse otra vez en la basílica de San Martin. Chilperico la hizo guardar y mandó cerrar todas las entradas menos una puerta, por donde solo se permitia la entrada á unos pocos eclesiásticos para el servicio (del altar), con gran dolor y disgusto del pueblo. Estando nosotros todavía en Paris se vieron signos en el cielo, á saber: veinte rayos de luz hácia el Norte, que desde el Este se extendieron á Oeste; uno de ellos mas largo y mas alto que los demás, desapareció súbitamente cuando hubo llegado á su mayor altura, y tambien se apagaron los otros, que se habían levantado despues del primero (4). Yo creo que esto anunció la muerte de Meroveo, que estaba oculto en la Champaña y no se atrevió á confiarse abiertamente á los austrasianos (5).»

Los grandes de Austrasia preferian, con razon, por rey el niño Sigeberto, heredero legítimo, á Meroveo, esposo de Brunequilda y de consiguiente padrastro de Sigeberto, y además hijo rebelde y perseguido por su padre.

«Finalmente, Meroveo cayó en un lazo que le tendieron los francos de Terouanne (6), los cuales le enviaron á decir

(1) Véase Hinemaro de Reims, *Opusc.*, pág. 24. El cánón á que se refiere el texto es el 21.º, que en rigor no viene aquí al caso. Ruinart.

(2) En este sentido lo aplica San Pedro en los Apóstoles, 3, 20. El versículo 8 dice: «Que se dé su obispado á otro.» Ruinart, Guadet y Taranne.

(3) *Cesarea*, probablemente Jersey, situada no lejos de la ciudad de Coutances. En el extracto de Fredegundo, atribuido á Gregorio, se declara directamente culpable á Pretextato, cuya historia continúa mas adelante. Véase Greg., VII, 16, y VIII, 31; y Löbell: *Gregor von Tours*, págs. 355 y 432, 2.ª edicion, Leipzig, 1868, la primera fué publicada en 1839.

(4) Era probablemente una aurora boreal.

(5) A los francos de la Austrasia.

(6) Tarbenna, ciudad habitada por la tribu de los morinos. Fué destruida en el siglo XV; su diócesis fué dividida en tres, la de Boulogne, de San Amaro (en el país de Artois) é Iprés. — Ruinart.

que querian abandonar á su padre y someterse á él si se trasladase allí. Hízolo así Meroveo con sus hombres mas valientes, y entonces los francos le cercaron en un caserío con gente armada y enviaron mensajeros á avisar á su padre. Chilperico corrió al sitio designado, y el hijo, entretanto, viéndose cercado en una pequeña posada y temiendo los tormentos que le harian sufrir sus enemigos para saciar su venganza, llamó á su confidente Gaileno (7) y le dijo: «Hasta ahora hemos sido los dos un alma y un pensamiento; te suplico no me dejes caer en manos de mis enemigos, toma esta espada y húndela en mi corazon.» Gaileno, sin vacilar, le atravesó con el cuchillo de monte. Despues hubo quien dijo que la reina había inventado esto y que Meroveo había sido asesinado secretamente por su órden (8). Gaileno fué preso, le cortaron manos y piés, las orejas y la punta de la nariz, y le mataron de la manera mas cruel, despues de hacerle padecer muchos otros tormentos. Grindio fué enroldado y colgado así en un puesto elevado. Cucilio, que había sido conde palatino del rey Sigeberto (9), fué decapitado y muchos otros del séquito de Meroveo murieron entre cruellísimos tormentos. Se dijo entonces que el obispo Egidio (10) y Gontran Boso fueron los que dirigieron la celada, porque este último gozaba ya de la confianza de la reina Fredegunda desde la muerte de Teudoberto, y Egidio tenía su afecto ya desde mucho tiempo antes.»

Segun se ve, todos los valientes que Meroveo llevó consigo en su última empresa eran germanos, en parte ex-dignatarios de la corte de Sigeberto, y que el alma de todo fué, segun voz general, Fredegunda.

«Por aquel tiempo se levantó una tempestad contra los obispos Salonio y Sagitario (11). Estos habían sido educados por el santo obispo Nicecio de Lyon y habían obtenido el cargo de diáconos; mas adelante, en tiempo todavía de Nicecio, obtuvo Salonio la silla episcopal de Embrun y Sagitario la de Gap. Pudiendo entonces obrar independientemente empezaron á cometer crímenes sin cuento, robos, asesinatos y homicidios, adulterios y otros; y un dia, con una cuadrilla armada de espadas y flechas, cayeron sobre Victor, obispo de los tricastinos (12), le destrozaron las vestiduras, mataron á sus criados, se llevaron su ajuar y hasta la comida que tenía preparada y le dejaron en un estado lastimoso. Cuando esto llegó á oídos del rey Gontran, convocó un sínodo en la ciudad de Lyon; reuniéronse los obispos con el santo patriarca Nicecio, examinaron los casos ocurridos y declararon á Salonio y Sagitario culpables de los crímenes de que se les acusaba, resolviendo que se les despojase de la dignidad episcopal (13). Pero sabiendo ellos que el rey les tenía afecto,

(7) El siervo que le libertó de su escolta cuando le conducian al convento del Mans.

(8) El cadáver de Meroveo fué llevado despues á Paris.

(9) Consejero íntimo, de palacio, del rey, y por lo mismo presidente del tribunal del rey.

(10) De Reims; había consagrado obispo á Gregorio, y fué muy considerado de Sigeberto y despues de Chilperico. Fortunato le dedicó una poesía en la cual celebra su laboriosidad, saber y bondad. Despues conspiró, y fué destituido y desterrado.

(11) Germanos principales probablemente. Lo que aquí refiere Gregorio había pasado diez años antes.

(12) No tricastinos, que eran los de Troyes, sino de los tricastinos, cuyo centro era Drome, en el Delfinado. La sorpresa tuvo efecto cerca de Saint-Paul-des-trois-Chateaux. Este obispo asistió en persona al concilio 1.º de Macon, y representado por el cura Eusebio, al 2.º de Lyon.

(13) Las actas de este concilio, tales como han llegado á nosotros, nada dicen de este proceso, por cuya razon Coincio consideró todo ello una invencion intercalada en el texto de Gregorio por algun copista; para lo cual se funda tambien en que entonces no se usaba todavía el título de patriarca en la Galia; pero Ruinart ha encontrado dos casos en que se usó este título, que se dió en el 2.º concilio de Macon al sucesor de Nicecio, el obispo Prisco de Lyon, y el obispo Didier (Desiderio) de